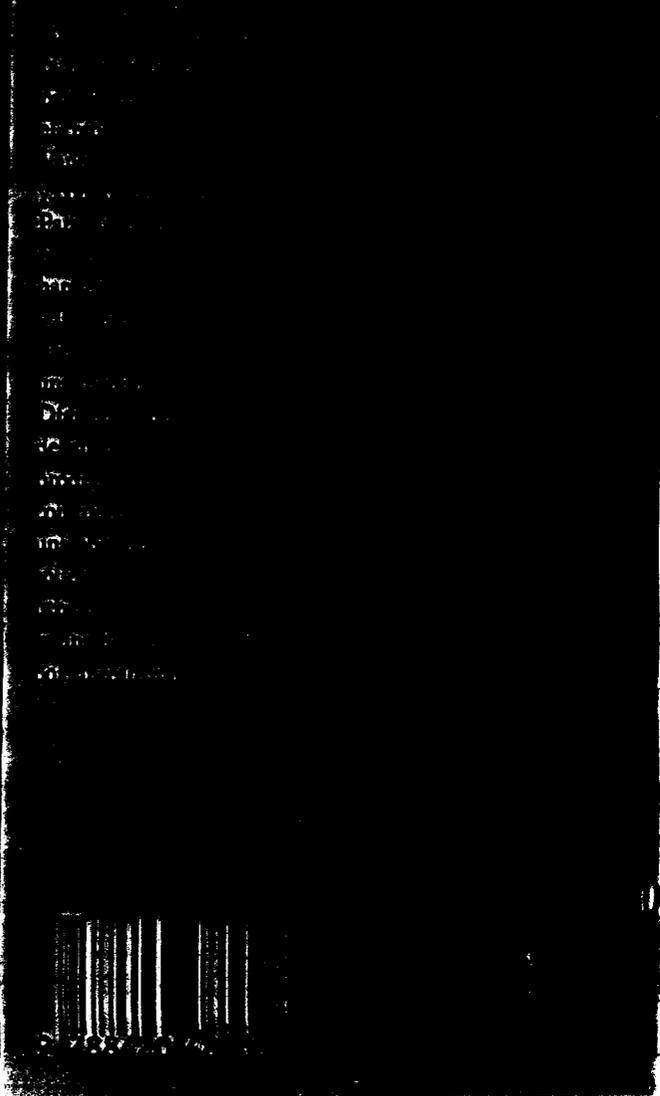


Warning Concerning Copyright Restrictions

The copyright law of the United States (Title 17, United States Code) governs the making of photocopies or other reproductions of copyright material. Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or reproduction not be "used for any purposes other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that use may be liable for copyright infringement.

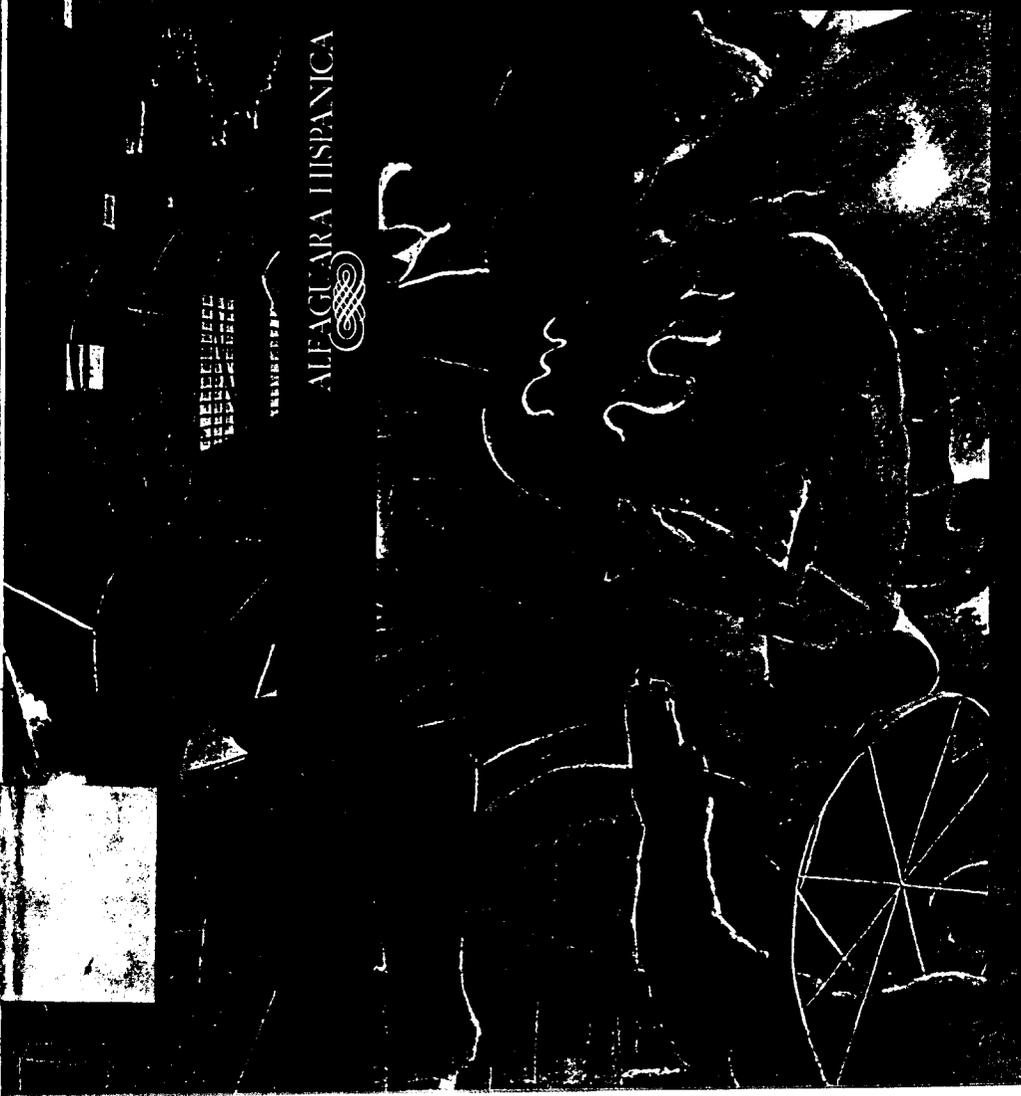
ALFAGUARA HISPANICA



Juan Madrid

Días contados

ALFAGUARA HISPANICA



1.

La sensación de calor y bienestar llegó a los pocos segundos. La conocía ya. Era una vieja amiga que le transmitía fuerza y le daba seguridad. Picotazos como el que acababa de darse no eran corrientes y él lo sabía. El caballo era de la mejor calidad.

Se colocó el calcetín y la Addida blanca y sonrió a su imagen reflejada en el espejo sucio de azogue y flanqueado por los grafitis.

Sacó un bolígrafo de la cazadora de cuero y escribió en la pared del retrete: «JURO QUE SERÉ RICO».

En La Oriental había una mesa que daba a la calle y a Ibraín le gustaba sentarse allí. Podía observar la Plaza sin ser visto.

—Buenísimo, Ibraín, buenísimo. Me ha entrado como colonia, estaba rico, rico. Tenía unas ganas que no veas, vaya caballo —dijo el chico—. Un buco de cine, colega. Ya estoy flipando. Si vieras el que hay en el trullo... Una mierda... Los boquis te tangan todo el día, los muy cabrones.

Bostezó y se estiró, abriendo los brazos por encima de la cabeza y arqueando el cuerpo.

—Bueno, ¿y qué dices del curro? —preguntó Ibraín—. ¿Te has enterado bien?

—Qué guay, de acuerdo. ¿Qué voy a decirte? A tus órdenes. Tú me dices lo que tengo que hacer y ya está. Pero ya sabes que por las noches

tengo que volver al talego. A las diez en la cama estás. Me cago en la leche puta.

Ibraín asintió en silencio. Por la Plaza pasaban mujeres llevando bolsas de la compra, desocupados y niños que habían decidido no ir al colegio ese día.

—No importa, mejor. Por las noches yo también me abro del barrio. Nos veremos por las mañanas. Yo te diré dónde está la pintura, ¿entiendes? Cada día en un sitio diferente.

—Sí, entiendo, colega. Está muy claro —se acercó a Ibraín y bajó la voz—. ¿Y qué me llevo yo, tronco? ¿Cuánto parné?

Ibraín negó con la cabeza.

—Nada de dinero. Cada diez gramos que repartas te llevas uno. Puedes trincar como mínimo tres o cuatro gramos todos los días. Pero si repartes más, te llevas más.

—¿Jaco?

Ibraín volvió a negar con la cabeza y dirigió sus ojos de nuevo a la Plaza.

—El caballo es para mataos. Yo sólo trabajo coca, mucha coca, eso es lo que gastan los ricos. El caballo trae muchos problemas y es para pobres. Con los ricos no hay problemas, compran sin regatear y la madera no les hace nada. Pero quiero formalidad —Ibraín lo miró a los ojos y el otro bajó la cabeza y empezó a masajearse el pie. El picotazo le escocía—. Mucha formalidad. A la primera, se acabó. ¿Te pasa algo?

—Nada, es que no puedo picarme en los brazos, ¿sabes? Hay un psicólogo en el trullo que... bueno, tengo que estar limpio para que me siga dando bolea, ¿comprendes? Por eso no me puedo picar en los brazos. Lo tengo que hacer en los pinre-

les. El pringao ese del psicólogo parece que se ha quedado conmigo, el menda.

—Ésos son los que mandan en las cárceles, los psicólogos. Si te camelas a un psicólogo te cambian la clasificación enseguida. Van con el rollo ese de la infancia desgraciada y esas cosas, y enseguida mandan un informe al Juez de vigilancia penitenciaria.

—Antes de ir al trullo, tío, pensaba que allí las cosas serían diferentes que en la calle. Y es lo mismo. Siempre hay unos que mandan y otros que tienen que obedecer y achantar la muy, o sea que si no tienes dinero vas de julai por la vida. Hay quien tiene dinero y hay quien no lo tiene. Los que lo tienen viven como reyes, gastan costo, caballo, buena comida, abogados... Y los que no, pues se joden, como en la calle.

—A mí nunca me han pillado, ni me pillarán jamás, ¿entiendes? Sólo cogen a los desgraciados, a los mataos. Yo nunca llevo nada encima, tengo tapaderas por todas partes, me cuido mucho. Si trabajas conmigo estarás seguro. Trabajamos sobre pedidos, nada más.

—Es verdad, sólo pillan a los mataos.

—No me pudieron probar nada —Ibraín sonrió—. Los estupas me estuvieron interrogando tres días seguidos. Después me sacó mi abogado.

—Por eso quiero trabajar contigo, tío. Porque sé que eres listo. No quiero volver al despararme. Eso es una mierda. Ahora quiero otra cosa, cambiar a algo más serio... No sé, tío.

—Quieres progresar, como todo el mundo. Quieres ganar dinero, tener un coche, un negocio, un piso, comer bien, que te respeten. Eso es lo que tú quieres y eso es lo que yo quiero. Eso lo quiere todo el mundo.

—Un año entero dándole vueltas a la cabeza, Ibraín. Comiéndome el tarro.

—Si trabajas como yo te digo, dentro de poco tendrás una cafetería, un bar. Y después... bueno, después el coche y el piso. Pero tienes que hacer lo que yo te diga.

—Lo que tú me digas va a misa, Ibraín.

—Primero, nada de cortar. Ya viene cortado, bien cortado. Tú sólo la repartes y a llevarte lo tuyo. Pero nada de cortar. ¿Entiendes?

—Oye, un momento, tío. Yo soy legal, eh. ¿Qué te crees? Si yo digo que para adelante, pues para adelante. Yo repartiré, nada más, y me llevaré lo mío. Perfecto.

—Escucha bien, algunos días será un kilo y algunas veces más, por eso quiero formalidad, nada de cachondeo.

Ibraín le sonrió, mostrándole unos dientes grandes y blancos bajo la barba compacta que le cerraba la boca. Añadió:

—Si no, te rajo.

—Tranqui, tío, tranqui.

—Yo estoy muy tranquilo. Pero quiero que lo sepas antes. Así no nos engañamos ninguno de los dos.

—Te digo que tranqui. Yo soy legal, joder, y si digo que sí es que sí, a mí no hace falta que me digas más.

—Es que quiero que lo sepas.

—Vale, vale.

—Tómame un café, yo invito. Y tráeme otro a mí.

El chico asintió en silencio, quieto al lado del ventanal que daba a la calle San Andrés y a la plaza del Dos de Mayo, reuniendo fuerzas para le-

vantarse y caminar al mostrador, donde había tres o cuatro sorbiendo café y comiendo pasteles.

Fuera, una chica con leotardos negros corrió por la calle, se detuvo en la esquina de la cafetería-pastelería y gritó:

—¡Agua!

La Plaza empezó a despoblarse. De los bancos se levantaron tres chicos y otra chica que se encaminaron a la calle Velarde a paso rápido, casi corriendo. Otros se fueron a otros lugares. De pronto una moto arrancó y se perdió calle arriba, hacia la glorieta de Bilbao.

—¿Llevas algo? —le preguntó Ibraín.

—No, nada —contestó—. Estoy limpio.

—Vete al mostrador. No quiero que te vean conmigo. Y tranqui.

La chica de los leotardos negros entró en la cafetería sin mirar a nadie. Pasó junto a Ibraín y repitió:

—Agua.

En la barra pidió café con leche y un petisú y se frotó las manos. Los que estaban en el mostrador no se inmutaron.

Ibraín sacó un periódico del bolsillo de su chaqueta y lo desplegó sobre la mesa.

Rafa llegó a la Plaza desde la calle de San Andrés. Caminaba despacio con las manos en los bolsillos. Sin mirar, pasó delante de La Oriental y se dirigió al quiosco de Paco.

Ibraín continuó leyendo el periódico.

2.

La chica estaba acurrucada en la puerta y parecía dormir. La minifalda vaquera, subida hasta más arriba de los muslos, mostraba el comienzo de unas nalgas respingonas, sin bragas, por donde se escapaban pelos negros y retorcidos.

Se detuvo a su lado, conteniendo la respiración. Las nalgas eran perfectas, blancas. Los pelos parecían hormigas trepando en un montón de azúcar.

Le sacudió el hombro y ella se puso en pie de un salto. Su sonrisa le abrió la cara.

—Me he dormido —le dijo—. ¿Vives aquí?

—Sí, es mi casa.

—Entonces voy a ser tu vecina. Mi amiga Vanesa y yo hemos alquilado la buhardilla de al lado. Me llamo Charo, ¿y tú?

—Antonio.

—Mi amiga es muy despistada, sabes. Tiene la llave, pero se le ha debido olvidar que la estoy esperando. ¿Qué hora es? Me he tirado aquí toda la mañana y me he dormido. ¿Sabes abrir cerraduras? La nuestra es muy fácil, me parece.

—Son las doce y no tengo ni idea de abrir cerraduras. Nunca lo he hecho. ¿Por qué no llamas a un cerrajero? —le respondió Antonio.

—Los cerrajeros cuestan dinero. Además, tengo que bañarme ahora mismo. Necesito un baño de agua caliente.

Temblaba, apretando un pequeño bolso marrón contra el cuerpo. Su cabello negro era muy corto, como el de un muchacho.

Antonio había visto centenares de películas en las que siempre alguien abría con facilidad toda clase de puertas empleando el carné de identidad, de modo que terminó por decirle que sí, que lo intentaría.

Ella no paró de hablar mientras él probaba a meter el carné por la ranura y moverlo arriba y abajo.

—Mi marido las abría con un alambre. Lo metía por la cerradura y empujaba hacia arriba. Así entraba en cualquier sitio.

—No tengo alambre, lo siento. Hago lo que puedo. Sólo soy un aprendiz.

—Mi marido era el mejor del barrio para los desparrames, no había otro como él. Nunca rompía nada, abría las puertas que te cagas. Si rompes algo, te comes más marrones, ¿lo sabías? Es robo con fuerza. De la otra manera es hurto, nada más.

—¿Y no puedes llamar ahora a tu marido? —él continuaba introduciendo el carné por la ranura—. ¿Por qué no lo llamas?

—No puedo, está en la cárcel, en Nanclares de Oca. Pero creo que pronto lo van a trasladar a Carabanchel con el Tercer Grado —se mordió los labios, cada vez más agitada—. Entonces vendrá a vivir con nosotras, pero no podrá quedarse, tendrá que dormir en la cárcel.

—¡Vaya, lo siento!

—Oye, no creas que cuando entraba a un desparrame lo destrozaba todo, como algunos. Sólo se llevaba el colorado o los discos y algunas veces los aparatos, vídeos y esas cosas, pero nada más. Una vez se hizo diez gramos de jaco en un piso de gente bien

en la calle Goya, fíjate. Es muy guapo, ya lo conocerás. Se llama Alfredo.

—Pues yo no puedo abrir la mierda esta de cerradura. Conmigo vas de culo.

—Tengo que darme un baño. Me siento un poco mal.

—¿Sí? ¿Qué te pasa?

—Nada, pero necesito bañarme, de verdad.

Al cabo de un rato, el carné de identidad se le había doblado y estaba a punto de romperse. Entonces, se ofreció a ayudarla y la invitó a entrar en su estudio hasta que llegara su amiga.

Se quitó la camiseta, y la dejó sobre la tapa del retrete. Tenía los pechos grandes y un poco caídos y unos pezones muy negros y cilíndricos que sobresalían como dátiles en un plato de natillas.

—¿Tienes gel de baño? ¿Eso que hace espuma? —le preguntó.

Le respondió que sí que tenía y abrió los grifos del agua caliente y vertió medio tarro de jabón líquido en el agua. El vapor cubrió las losetas.

Ella sacó del bolso una jeringuilla nueva, envuelta en un saquito esterilizado, una papelina, una cucharilla con el mango curvo, un encendedor, un botellín de agua y una rodaja de limón y lo dejó todo sobre la ropa.

Los temblores eran ahora más intensos.

Puso la heroína en la cucharilla, añadió unas gotas de limón y de agua del botellín y prendió el mechero que aplicó a la cucharilla. La mezcla hirvió.

Se buscó una vena en el dorso de la mano, aguardó a que el contenido de la cucharilla se enfriase y se introdujo la aguja.

—No soy una yonqui, sabes. Me ha dado un poco de pavo porque estoy nerviosa, pero puedo dejarlo cuando quiera. Conozco a mucha gente que no puede dejarlo, que está enganchada. Pero yo no estoy enganchada, ésa es la diferencia. Cuando quiero me pincho y cuando no quiero, pues no.

Él añadió sales con aroma a lilas mientras ella sonreía, con los ojos cerrados, introduciéndose la heroína muy despacio. Se dio cuenta de que se relajaba poco a poco.

—Me gusta hacérmelo sin prisas. Despacito es mejor. ¿Quieres pincharte? Estoy limpia, eh. No tengo el sida. Si quieres te puedo prestar el pico, pero no me queda caballo. ¿Tienes tú caballo?

—No, guapa, no tengo. No lo uso. Una vez me piqué, pero fue hace mucho tiempo. Ahora paso de todas esas cosas.

Charo se encogió de hombros, aún con la aguja clavada en la vena. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gemir como si estuviera haciendo el amor.

—¡Oh, oh! ¡Me está subiendo, me sube, me sube! ¡Qué gusto!

Sacó la jeringuilla de la vena y la dejó, con restos de sangre, sobre la camiseta. Se frotó el dorso de la mano que se le había abultado un poco.

—Después de chutarme lo que más me gusta es fumarme un porrito. Me relaja cantidad. ¿Tienes costo?

Antonio fue a buscarlo. Encontró la china de hachís dentro de un paquete vacío de Winston, en uno de los cajones del archivo. Era lo que había quedado de la fiesta de celebración de su nuevo trabajo la semana pasada. Acudieron tres o cuatro amigos y algunas chicas. Una de ellas debió de traer el hachís. Gas-

taron unas cuantas botellas, mucha charla insustancial y fumaron dos o tres porros que preparó alguien. Eso fue todo, una fiesta no demasiado divertida.

Desmenuzó la china en un plato y la calentó con el mechero, luego la mezcló con tabaco rubio y metió la mezcla en una pipa blanca de espuma de ballena, regalo de su mujer por el día del padre el año pasado.

Volvió al cuarto de baño. La chica chapoteaba dentro de la bañera. La espuma la cubría casi por completo.

—¡Ah! ¿Qué es eso? ¿Una pipa? ¿Es que tú no lías canutos?

—No sé hacer canutos. Me gusta más así. De todas maneras en Marruecos lo fuman en pipa.

Empezaron a aspirar el humo. Él sentado en el borde de la bañera y ella moviéndose en el agua caliente.

Estuvieron fumando un buen rato. Cuando se apagaba, volvían a encenderla.

—¿Has estado en Marruecos?

—Sí, bastantes veces. He estado en Alhucemas, Tánger, Rabat, Fez, Marrakech... el desierto. Es de los sitios que más me gustan del mundo.

—¿Y Ketama? ¿Has estado allí? Debe ser fantástico. Yo tengo una amiga que ha estado un verano entero en Ketama. Se llama Rosa.

—Sí, también he estado en Ketama, pero hace mucho tiempo. Entonces se podía fumar tranquilamente por las calles y en los cafés. En cualquier sitio. Ahora es imposible, está muy perseguido.

—Qué guay. Debe ser demasiado estar todo el día colgado con hierba, ¿verdad? A mí me gusta más que el hachís.

—A mí, también.

—A mi amiga Vanesa también le gusta mucho Marruecos. Estamos ahorrando para irnos.

Se movió dentro del agua y los pezones aflojaron entre la espuma.

—Me encanta el agua calentita. No puedo vivir sin bañarme, aagg, qué gusto.

Él encendió la pipa por última vez, dio una chupada y la dejó entre las ropas, sobre el retrete.

Sintió la turbación del hachís.

—Eres muy guapa y me gustas mucho. Me alegro de que seas mi vecina. Quiero que sepas que tengo mucha agua caliente. Toda la que tú quieras. Me gusta mirar a una chica guapa cuando se baña.

Ella sonrió.

—¿A qué te dedicas?

—Soy fotógrafo.

—¿Sí? ¿Por qué no me haces una foto? ¿Te gustaría hacerme una foto?

—¿Quieres que te haga una foto?

—¿Es que no te gusto? Mira mis pechos —se incorporó ligeramente. Los pechos flotaron, flojos. Pero los pezones seguían erectos—. Sé que tengo unos pechos muy bonitos, a mi marido le gustan mucho. Siempre me lo decía.

—Tus tetas son maravillosas... grandes, gordas... Me gustan cantidad. Tu marido tiene razón.

—Entonces hazme una foto, anda. Venga, date prisa.

Fue a por su Leica y volvió al cuarto de baño. Sacó fotos desde arriba, clic, clic, clic. Desde el borde de la bañera, clic, clic, clic. Primeros planos, clic, clic, clic. Ella sonreía, posando, moviéndose entre el agua jabonosa.

—Me gusta mucho que me miren.

—Y a mí me gusta mirarte.

33.

Lisardo leía un tebeo recostado en la cama. Ugarte se había sentado en una silla, cerca de él.

—¿Por qué no quieres decirme dónde es la fiesta, eh?

—Porque eres capaz de ir. Por eso... y déjame en paz, tío. No seas coñazo.

—Tengo que hablar con Vanesa. Es importante.

—Me lo llevas diciendo desde hace una hora. ¿Por qué no te callas y me dejas tranquilo? Qué coñazo eres, Ugarte.

—Bueno, pues voy a esperarla. ¿Sabes cuándo volverá?

—Cuando termine la fiesta, tío.

—Pues la voy a esperar aquí.

—Te vas a aburrir. Y ellas se estarán divirtiendo cantidad. La fiesta es en un chalecito que está bastante bien. ¿Quieres que te lo cuente? Mira, ahora suena la música y todo el mundo está charlando en pequeños grupos, muy alegres y felices con sus copas en la mano. Casi todos tienen entre cuarenta y cincuenta años. El más viejo es, a lo mejor, mi papá. Van vestidos en plan informal, vaqueros, camisas, jerséis, chaquetas *sport*... La comida debe de ser guay, ¿me sigues, Ugarte, tío? —Ugarte no contestó—. Traída de José Luis o de otro restaurante cualquiera. Ripoll me dijo que quería impresionar a unos socios. Eso quiere decir que la comida y la be-

bida deben ser de primera. Bueno, ahí están los caballeros y las señoras soltando risotadas, comiendo y bebiendo, y nuestras tres chicas hablando con todo el mundo. Las tres elegantes y guapas, a lo mejor, hasta son las más guapas de la fiesta. Las tres la mar de contentas porque Ripoll les ha soltado veinte papeles a cada una, más otros sesenta o setenta, por los cinco gramos de pinturita blanca. ¿Te aburro, Ugarte?

—Vete a la mierda, gilipollas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Cómo te jode, tío, es dabuti lo celoso que estás!

—Olvídame. Voy a estar aquí hasta que vuelva Vanesa. Y ya no la voy a dejar. Nos vamos a ir los dos a Sevilla.

—¿Sí? ¡No me jodas, Ugarte!... Verás, todavía no han empezado a follar. De momento se ponen ciegas a comer y a beber y se hacen las simpáticas con la gente. El Ripoll les irá diciendo a sus amigos más íntimos que tiene unas rayitas y que si quieren pueden ir al cuarto de baño. Así queda como un menda que está puesto, ¿comprendes? Pero cuando se vayan todos, nuestras tres chicas se pondrán en pelotas para Ripoll y los más íntimos de los íntimos. Y empezarán a mamarla, a que les den por el culo... Una orgía, vamos. Yo de ti me piraba a esa mierda de pensión donde vives. Hasta mañana no aparecerán por aquí. ¿Qué te apuestas?

—Yo haré lo que me salga de los cojones.

—Vale, pero yo, por lo menos, tengo estos tebeos. Cuando era pequeño mi padre me compraba todos los domingos cinco tebeos. *La pequeña Lulú*, *Tomabawk*, *Supermán*, *Hopalong Cassidy* y *Super Ratón* eran de México, de la Editorial Novaro. Los traducían del inglés y se distribuían por América Latina y España. Llegué a tener más de trescientos y me gus-

taba encuadernarlos. ¿Te gustan los de *La pequeña Lulú*, tío?

Ugarte dijo que no sabía quién era ésa. Lisardo dejó el tebeo sobre la cama con una mueca despectiva en sus labios.

—Qué paleto eres, la hostia... —añadió.

—No insultes —dijo Ugarte.

—¿Y qué culpa tengo yo de que seas tan paleto, tío? No me jodas. ¿No sabes quién era *La pequeña Lulú*?... Íbamos al Retiro, ¿entiendes?, o al Jardín Botánico, y mi padre me compraba tebeos en el quiosco de Cibeles. Me llevaba de la mano y luego nos sentábamos en uno de los merenderos a leer. Mi padre leía el *ABC* o un libro y yo los tebeos. Yo pedía siempre Pepsi-Cola y patatas fritas y mi padre un café.

Lisardo se calló de pronto. Ugarte se levantó, pero se sentó de nuevo, como si hubiera cambiado súbitamente de idea.

Lisardo prosiguió:

—... recuerdo que siempre hacía sol... que siempre hacía buen tiempo... Me acuerdo del Retiro de cuando yo era pequeño como si siempre fuese primavera, ¿qué curioso, verdad?... Yo aprovechaba que mi padre leía para mirarle sin que él se diera cuenta. Mi padre era un tío muy guapo... Bueno, a mí me parecía muy guapo... Y las amigas de mi madre también lo decían. Era un ligón. Recuerdo que sus amiguitas venían a verlo al Retiro cuando iba allí conmigo. El muy cabrón le decía a mi madre que se venía conmigo y en realidad lo que hacía era timarse con alguna tía. Me dejaba allí solo, con *La pequeña Lulú* y los demás tebeos, y él se abría con la tipa a un hostel muy elegante de Alfonso XIII, Hostel Derby se llamaba. Debía ser una casa de putas o algo así. Un día

me chivé a mi madre y se le jodió el invento... ¿Y sabes lo que me llamó mi padre, eh? Me llamó mariquita y chivato. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que me alegré de que se le jodieran los ligues!... Estos tebeos me recuerdan aquellos tiempos.

—No te estoy escuchando. No te hago ni puto caso. Así que cállate de una puta vez. Deja ya los cuentos de tu papaíto rico y todas esas gilipollices.

—Paleto de mierda... qué sabrás tú... ¿Te vas a meter con mi padre? Mi padre es un tío cojonudo. Después de aquello que le hice ya no me volvió a llevar al Retiro ni a ningún sitio, se cabreó conmigo, y con razón. Fui un gilipollas por chivarme a mi madre... qué gilipollas fui.

—Sí, tienes razón, niño pera, que eres un niño pera de mierda. Siempre has sido un gilipollas. En eso te doy la razón, mira por dónde, tío.

—¿Pero tú qué sabes, analfabeto? Mi padre revolucionó la construcción de estructuras metálicas, sus cálculos sobre resistencia en túneles están ahora en los libros de texto de casi todas las Escuelas de Arquitectura del mundo. No me jodas, analfabeto.

—Eh, no insultes, ¿estamos? Yo estoy tranquilo, aquí sentado. No me llames analfabeto.

—Oye, Ugarte, tío, mira, llamarte analfabeto no es ningún insulto, me parece a mí, ¡Je, je, je! Es una definición.

—Me estás cansando, niño pera.

Lisardo adelantó los dos brazos y movió las manos.

—Mira qué miedo me das, Ugarte. Mira cómo tiemblo, tío. Estoy aterrorizado.

—Sigue, tú a mí no me conoces. Un día... bueno, tú verás.

—Tararí, tarará.

—Bueno, tú sigue, sigue...

—Eres patético, tío. Te lo juro. Si no dieras pena, darías asco. ¿Es que no te ves? Todo lo que tienes de grande, lo tienes de maricona.

Ugarte se puso en pie, el rostro congestionado.

—¡Ya está bien! ¡A mí no me insultes, cabrón!

—Pero Ugarte, tío, ¿es que no te das cuenta? Ser maricón no es nada malo, de verdad. Lo que a ti te pasa es que no lo quieres reconocer. Reconócelo, tío, y ya está. Eres maricona, y te gusta que te den por el culo, ¿A que sí, Ugarte? ¿A que sí?

Ugarte se inclinó sobre la cama.

—¡Te he dicho que dejes de insultarme!

—Anda ven, tontito, ven aquí. Yo te voy a dar por el culo, ya verás como te gusta. Anda, bájate los pantalones que te la voy a meter.

La navaja apareció en la mano de Ugarte y se hundió con suavidad en la barriga de Lisardo unos centímetros arriba de la hebilla del cinturón. Lisardo abrió los ojos y apenas si se movió, atónito. La navaja había penetrado en su carne como si ésta fuera mantequilla.

Ugarte jaló la navaja hacia arriba y el vientre se abrió hasta el esternón. La sangre brotó, le manchó el pantalón y se deslizó hacia la cama. Lisardo se apretó la herida con las manos. El paquete intestinal asomó entre sus dedos. Los intestinos parecían pequeños gusanos blancuzcos.

Se removió en la cama, aún sin comprender del todo lo que le había ocurrido. Ugarte permaneció con la boca apretada y tensa, blandiendo la navaja manchada de sangre.

—¡Cabrón, cabrón! —chilló Lisardo—. ¡Mira lo que me has hecho, mira! ¡Me has matado!

—No... no..., espera un momento, espera...

Sangre y tripas se escapaban del vientre abierto de Lisardo sin que sus manos pudiesen evitarlo. Ahora, de pronto, un dolor terrible le sacudió de arriba abajo. Vomitó una bola de sangre que se escurrió por su barbilla, se deslizó junto a la otra sangre y cayó en la cama.

Lisardo se echó hacia atrás y trasteó con dificultad en el pantalón. Extrajo su revólver, que se volvió rojo y pegajoso.

Apuntó a Ugarte, que seguía pegado a la cama sin moverse, paralizado, todavía con la navaja en la mano.

34.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Emma—. ¿El escape de un coche?

—Ha sido en la buhardilla de al lado. Espérame aquí un momento.

Antonio se dirigió hacia la puerta. Emma corrió tras él y lo sujetó.

—Espera, no vayas. Me habías dicho que no ibas a volver a esa casa. Vámonos al restaurante de una vez. Ya has terminado el libro. No tienes nada que hacer con esa gente.

Antonio se deshizo de ella y cogió la Leica.

—Espérame unos segundos. Siéntate y espérame. ¿Vale? Vuelvo enseguida.

Salió al descansillo y se dirigió a la casa de Charo. La puerta estaba abierta.

Ugarte estaba tendido al pie de la cama con un agujero negro en medio de la frente.

Lisardo, con las tripas colgando, hacía esfuerzos por levantarse. Había sangre en la cama, en sus ropas y en el suelo. El olor era salobre e intenso. Un olor frío y húmedo a podrido. Trataba de poner los pies en el suelo, pero el paquete intestinal se le deslizaba fuera.

Antonio tuvo una arcada.

—¡Lisardo! —exclamó—. ¡Dios mío, Lisardo! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Y Ugarte? ¿Qué le ha pasado a Ugarte?

Lisardo vomitó más sangre negruzca.

—He... he matado a... a ese cabrón... —intentó sonreír, pero no pudo—. Me estoy desangrando... Ve a ver a mi padre. ¿Has... has entendido?... Se llama como yo... Dile que...

—No te muevas, voy a llamar a la policía... a una ambulancia. Quédate quieto, Lisardo, no te muevas.

Lisardo intentaba que las tripas no se le salieran del todo de la cavidad intestinal. Se apretaba el estómago con las dos manos, pero entre sus dedos culebreaban los intestinos.

—No... no... ve a ver a mi padre. Está en la fiesta con Charo y Vanesa, con un abogado que... pero dile que... dile que venga... Díselo, no llames a la madera —se revolvió de dolor—. No puedo más... esto me arde... me estoy quemando, fotógrafo. Me quemó.

Emma apareció en la puerta de la habitación y gritó, llevándose las manos a la boca.

Lisardo puso los ojos en blanco y movió los labios en un desesperado esfuerzo por continuar hablando. Antonio sacó la Leica del bolsillo de la chaqueta.

Clic, clic, clic.

Emma le golpeó la espalda con los puños.

—¡Están muertos, están muertos! —chilló—. ¡Vámonos de aquí!

—¡Déjame! ¡Tengo que sacarlos! ¡Tengo que sacar esta foto!

—¡Estás loco, dios mío, estás loco! —le agarró del hombro—. ¡Vas a empezar otra vez, Antonio! ¡Ya tienes el libro! ¿Qué más quieres?

Antonio temblaba de excitación. Se llevó la Leica a los ojos otra vez y disparó, mientras Lisardo agonizaba.

Antonio comenzó a moverse por la habitación, accionando la cámara que apenas si hacía ruido.

—¡Foterooo... foterooo! ¡Me muero, me muero!
—aulló Lisardo.

Con cuidado para no pisar la sangre, Antonio se subió a la cama. Buscaba un ángulo diferente. Necesitaba a los dos en el mismo encuadre: Ugarte con el agujero en la frente y las piernas abiertas, y Lisardo desangrado, con las tripas fuera.

Ésa sería su gran foto. Estaba seguro.

La claridad del día trataba de romper las sombras a través del ventanal de cristal esmerilado del cuarto de baño.

Charo observó el trozo de papel higiénico perfumado. Tenía restos de sangre. Lo arrojó al báter y arrancó otro trozo del rollo portapapel. Se lo aplicó en el ano, que le ardía. Lo retiró. La sangre formaba casi un redondel perfecto, con un dibujo estriado, como si alguien hubiese besado el papel higiénico con carmín.

Tiró de la cadena y se puso en pie con dificultad. El ano le quemaba y tenía dolorida la vagina. Le palpitaba como si tuviera allí el corazón.

Abrió la puerta y escuchó una risa de hombre, y luego, alguien que le contestaba con voz ronca. Caminó con las piernas abiertas hacia el salón. Antes de llegar se miró su vestido azul manchado, roto y sucio. Inservible. Se lo alisó con la mano y calculó mentalmente la hora. Quizá fueran las seis y media o las siete de la mañana. Ya era domingo.

Los domingos eran muy bonitos allá en su aldea. Todo el mundo se vestía con ropas limpias y paseaban. Por la calle principal los hombres bebían en el único bar y las mujeres hablaban en la plaza. Y ella, junto a su hermanilla Encarnita, tonteaba con las demás chicas, riéndose y venga a reír.

Entonces el domingo era largo y emocionante, y cuando hacía sol era ya un motivo de alegría porque todo estaba verde y lavado. Recuerda las ri-

sas, las faldas almidonadas, a su madre, tan alta y tan guapa al salir de la iglesia. El vozarrón de su padre llamándola.

Pensó en su hermanilla tirándole del vestido. En su padre, el marinero, caminando junto a ella y su madre, aquellos domingos lejanos.

Empujó la puerta del salón y pasó dentro.

Ripoll continuaba desnudo, sentado en el sofá. Bebía champán de una copa, y Vanesa, con las medias negras que le había regalado Lisardo, se la mamaba. El otro, el extranjero, estaba detrás de Vanesa chupándole el culo. Tampoco llevaba ropas.

Pascual llevaba puesta una camisa y nada de bajo. Se tocaba el pene.

—¡Eh? —dijo cuando vio aparecer a Charo—. ¿Qué haces vestida, tía? No me jodas y ven aquí, al pilón, la tengo morcillona.

—¡Levántate la falda para que te veamos el conejito! —gritó Ripoll—. ¡Eso es digno de verse! ¿No crees, Pascual, tío?

—¿Dónde está Rosa? —preguntó Charo.

—Se ha marchado con el otro americano. A un hotel, ha ligado con él —contestó Vanesa.

—Oye, tú —le dijo Ripoll—, sigue mamándola, venga.

El americano intentó penetrar a Vanesa por detrás, pero no la tenía lo suficientemente dura.

Charo se acercó a su amiga.

—Bonita, estoy cansada. Me quiero ir. Estoy muy cansada.

Vanesa se abrazó a Charo. Le puso la cabeza en el hombro. Pascual eructó y dijo algo que hizo bastante gracia. Todos rieron.

—Yo, también —contestó Vanesa—. Vámonos ya, por favor. Por favor.

—Tengo ganas de llorar —dijo Charo—. No me encuentro bien.

Charo comenzó a sollozar. Primero muy poco, casi en silencio. Después sin poderse contener. Vanesa la abrazó.

—¡Eh, no seréis tortilleras, tías! —gritó Pascual—. ¡Lo que faltaba, la hostia!

Charo no podía dejar de llorar. Las lágrimas fluían de sus ojos y mojaban el hombro desnudo de su amiga.

*Madrid y Nerja (Málaga),
verano de 1992.*